

MIGUEL ARTOLA BLANCO

EL FIN DE LA CLASE OCIOSA

DE ROMANONES AL ESTRAPERLO,
1900-1950

ALIANZA EDITORIAL

Las fotos n.ºs 1, 16, 20 y 21 proceden del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte,
Archivo General de la Administración (AGA): Fondo Alfonso,
signaturas: 20514; 21571; 23245 y 24256

Las fotos n.ºs 2, 11, 12, 13 y 14 proceden de la
Hemeroteca Municipal de Madrid

Las fotos n.ºs 6, 7, 8, 10, 15 y 24
proceden de la
Biblioteca Nacional de España (BNE)

Las fotos n.ºs 22 y 23 pertenecen a la
Biblioteca de Humanidades de la
Universidad Autónoma de Madrid

La foto n.º 1 pertenece al
Archivo Histórico Fotográfico de la
Fundación Telefónica

La foto n.º 3 pertenece a la
Colección del Banco de España

La foto n.º 5 pertenece a la
Colección del Banco Santander

La foto n.º 17 pertenece al
Archivo de la Fundación Casa de Alba

La foto n.º 13 pertenece a la
Biblioteca Histórica Municipal de Madrid

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Miguel Artola Blanco, 2015

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-9344-6

Depósito Legal: M. 26.332-2014

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA
EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| LISTADO DE SIGLAS | 11 |
| LISTADO DE TABLAS Y GRÁFICOS | 13 |
| LISTADO DE FOTOS | 15 |
| PRÓLOGO, <i>Mercedes Cabrera</i> | 17 |
| INTRODUCCIÓN | 21 |

PRIMERA PARTE

LOS AÑOS DORADOS (1900-1931)

| | |
|--|----|
| 1. LAS GRANDES FORTUNAS | 31 |
| Banqueros, industriales y consejeros | 32 |
| Terratenientes | 40 |
| Rentistas | 43 |
| Economías privadas | 48 |

| | |
|--|-----|
| 2. IDENTIDAD, CULTURA Y ESTATUS | 61 |
| Clase y ocupación | 62 |
| Aristocracia y alta sociedad | 72 |
| El <i>pater familias</i> | 80 |
| Damas de sociedad | 85 |
| Educación | 90 |
| 3. ESPACIOS EXCLUSIVOS | 97 |
| Una ciudad segregada | 98 |
| Hoteles, palacios y apartamentos | 103 |
| Visitas, tertulias y salones | 111 |
| Fiestas | 118 |
| Clubes | 123 |
| 4. FORMAS DE CONSUMO | 133 |
| Un presupuesto para cada familia | 135 |
| El servicio | 137 |
| Automóviles | 144 |
| Viajes, fincas y cacerías | 149 |
| 5. POLÍTICA Y CUESTIÓN SOCIAL | 155 |
| Redes y clientelas | 157 |
| Reformas sin destino | 164 |
| En defensa de las élites | 170 |
| Una victoria pírrica | 175 |

SEGUNDA PARTE

TIEMPOS DE CRISIS Y ADAPTACIÓN (1931-1955)

| | |
|-------------------------------------|-----|
| 6. EL RETO REPUBLICANO | 183 |
| Una derrota inesperada | 183 |
| Adaptación | 189 |
| Inmovilismo | 193 |
| Repliegue | 198 |
| Las últimas horas | 202 |
| 7. GUERRA Y CONTRARREVOLUCIÓN | 205 |
| Sangre, sudor y lágrimas | 211 |
| La depuración de la clase | 216 |
| Una monarquía imaginada | 221 |

| | |
|--|-----|
| 8. LA NUEVA ESPAÑA | 229 |
| El peso de la autarquía | 230 |
| La muerte del rentista | 235 |
| Nuevos ricos | 242 |
| Viejas y nuevas formas de distinción | 248 |
| CONCLUSIONES | 265 |
| FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA | 273 |
| ÍNDICE ONOMÁSTICO | 303 |

LISTADO DE SIGLAS

| | |
|-------|---|
| ACA | Archivo de la Casa de Alba. |
| ADM | Archivo Ducal de Medinaceli. |
| AFM | Archivo de la Fundación Maura. |
| AFSAE | <i>Anuario financiero y de sociedades anónimas de España.</i> |
| AG | Archivo Gamazo. |
| AGA | Archivo General de la Administración. |
| AHBE | Archivo Histórico del Banco de España. |
| AHBF | Archive Historique de la Banque de France. |
| AHC | Archivo Histórico del Congreso. |
| AHN | Archivo Histórico Nacional. |
| AHPZ | Archivo Histórico Provincial de Zaragoza. |
| AMI | Archivo del Ministerio del Interior. |
| ANF | Archives Nationales, France. |
| APFR | Asociación de Propietarios de Fincas Rústicas. |
| ARCM | Archivo Regional de la Comunidad de Madrid. |
| AS | Archivo del Senado. |
| AV | Archivo Viana. |
| AVM | Archivo de la Villa de Madrid. |
| BHA | Banco Hispano Americano. |
| BN | Biblioteca Nacional. |
| CAF | Compañía Auxiliar de Ferrocarriles. |
| CDMH | Centro Documental de Memoria Histórica. |
| CEDA | Confederación Española de Derechas Autónomas. |
| CHADE | Compañía Hispano Americana de Electricidad. |

| | |
|----------|---|
| CNT | Confederación Nacional del Trabajo. |
| CSB | Consejo Superior Bancario. |
| CTNE | Compañía Telefónica Nacional de España. |
| FECSA | Fuerzas Eléctricas de Cataluña. |
| FET-JONS | Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista. |
| FINARGA | Financiera Arnús y Garí. |
| INI | Instituto Nacional de Industria. |
| IRPF | Impuesto sobre la Renta de las Personas Físicas |
| MAAEE | Ministère des Affaires Étrangères. La Courneuve. |
| MZA | Compañía de los Ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y a Alicante. |
| PCE | Partido Comunista de España. |
| POUM | Partido Obrero de Unificación Marxista. |
| SIPM | Servicio de Información y Policía Militar. |
| SNAHN | Sección Nobleza del Archivo Histórico Nacional. |

LISTADO DE TABLAS Y GRÁFICOS

Tablas

- 1.1 Los diez mayores capitalistas, Madrid, 1932
- 1.2 Los diez consejeros mejor retribuidos, Madrid, 1932-1935
- 1.3 Los diez mayores terratenientes, Madrid, 1932-1934
- 1.4 Distribución de la renta urbana, Madrid, 1929
- 1.5 Los diez mayores rentistas urbanos, Madrid, 1932-1934
- 1.6 Rentas del trabajo de Valentín Ruiz Senén e Ignacio Herrero de Collantes, 1935
- 2.1 Definición socioprofesional de los grandes contribuyentes, nobles y no nobles, Madrid, 1930
- 3.1 Resumen de las fiestas organizadas por los duques de Fernán Núñez, 1914-1925
- 4.1 Comparación economías domésticas entre la casa de Fernán Núñez (1931) y la familia de José Luis de Oriol (1933)
- 4.2 Trabajadores domésticos internos de las familias de clase alta, Madrid, 1930
- 4.3 Trabajadores domésticos varones de las familias de clase alta, Madrid, 1930
- 4.4 Organización del personal de la casa de Fernán Núñez, 1925
- 4.5 Principales compradores de automóviles entre las clases altas de Madrid, 1925-1932
- 5.1 Participación política de las clases altas de Madrid en las Cortes de la Restauración, 1901-1923
- 8.1 Los veinte mayores terratenientes, Madrid, 1954
- 8.2 Los diez mayores capitalistas, Madrid, 1954

- 8.3 Los veinte mayores propietarios urbanos, Madrid, 1954
- 8.4 Los diez consejeros mejor retribuidos, Madrid, 1954
- 8.5 La primera fase del abandono de palacios y hoteles, Madrid, 1936-1944

Gráficos

- 1.1 Distribución de la renta de capitalistas y consejeros, Madrid, 1932
- 1.2 Distribución de la renta de los terratenientes, Madrid, 1932
- 1.3 Distribución de la renta de los propietarios urbanos, Madrid, 1932
- 3.1 Distribución por distritos de las residencias de las familias de clase alta, Madrid, 1930
- 8.1 Índice de cotización de la Bolsa de Madrid, 1925-1960
- 8.2 Índice nacional de los precios de alquiler, 1920-1960
- 8.3 Ingresos netos y gastos domésticos del marqués de Aledo, 1930-1945
- 8.4 Ingresos netos y gastos domésticos del conde de Gamazo, 1939-1961
- 8.5 Media de empleados domésticos de los grandes contribuyentes, Madrid, 1930-1954

LISTADO DE FOTOS

1. Los señores Estanislao Urquijo, marqués de Urquijo y presidente de la Compañía Telefónica Nacional de España, Lewis J. Proctor, Frank Gill y Valentín Ruiz Senén, vicepresidentes, aguardando a la puerta de la nueva Central, la llegada de S. M. el rey y Príncipe de Asturias. Archivo Histórico Fotográfico de Telefónica. © Alfonso (Archivo Fotográfico Alfonso), VEGAP, Madrid, 2014.
2. Caricatura del edificio Capitol, en la que aparece su propietario, Enrique Carrión, al timón, acompañado del director, José María Peña. *Mundo Gráfico*, 1 de agosto de 1934. Hemeroteca Municipal de Madrid.
3. Retrato de Juan Antonio Gamazo y Abarca, conde de Gamazo, 1930, por Fernando Álvarez de Sotomayor. Colección del Banco de España.
4. Retrato de Ildefonso González Fierro por Eduardo Chicharro. © Álbum.
5. Retrato de don Valentín Ruiz Senén, c. 1934, por José Gutiérrez Solana. Colección del Banco Santander. © VEGAP, Madrid, 2014.
6. Caricatura del conde de Cibera por Pellicer. *El Imparcial*, 6 de junio de 1924. BNE.
7. Los duques de Montellano con sus hijos: Felipe, Rocío, Carlos y Fernando, c. 1948. Fondo Amer Ventosa. BNE.
8. María Francisca Hohenlohe-Langenburg y sus hijas Xandra, Ana Isabel y Clara Eugenia, 1951. Fondo Amer Ventosa. BNE.
9. Retrato de la marquesa de Argüeso y sus hijos, 1909, por Anselmo Miguel Nieto. Colección particular, Madrid.
10. Mujer sin identificar, 1951. Fondo Amer Ventosa. BNE.

11. Belén Morenés y Arteaga, hija de los marqueses de Argüero. *Blanco y Negro*, 24 de noviembre de 1929. Hemeroteca Municipal de Madrid.
12. María Luisa Gómez Lacacette. *Blanco y Negro*, 8 de enero de 1933. Hemeroteca Municipal de Madrid.
13. *Proyecto para la prolongación del paseo de la Castellana*, 1917, por el ingeniero Pedro Núñez Granés. Biblioteca Histórica Municipal de Madrid.
14. Casa-palacio de los marqueses de Amboage. *La Construcción Moderna*, 30 de diciembre de 1919. Hemeroteca Municipal de Madrid.
15. Jardín del palacio de los duques de Montellano. *Gran Mundo: sociedad, arte, sport y modas*, 15 de agosto de 1914. BNE.
16. Verbena en el Ministerio de la Guerra. Primo de Rivera con la duquesa de la Victoria y varias aristócratas, 21 de junio de 1927. © Alfonso (Archivo Fotográfico Alfonso), VEGAP, Madrid, 2014.
17. El duque de Alba entregando los premios de la Diputación de la Grandeza a servidores domésticos por su constancia en el trabajo, c. 1950. Fundación Casa de Alba.
18. Anuncio de Cadillac. *Blanco y Negro*, 13 de octubre de 1929. Hemeroteca Municipal de Madrid.
19. Falsa esquila que anuncia la muerte política de Álvaro Figueroa y Alonso Martínez. *Avante*, 1931.
20. Grupo de aristócratas en el Hipódromo: los condes de la Quinta, Cimera, Torre-Arias y duque de Almenara Alta, 22 de marzo de 1931. © Alfonso (Archivo Fotográfico Alfonso), VEGAP, Madrid, 2014.
21. Incautación del palacio de Fernán Núñez, julio de 1936. © Alfonso (Archivo Fotográfico Alfonso), VEGAP, Madrid, 2014.
22. Vista del paseo de la Castellana en 1951. *Gran Madrid: boletín informativo de la Comisaría General para la Ordenación Urbana de Madrid y sus alrededores*. Biblioteca de Humanidades de la Universidad Autónoma de Madrid.
23. Vista de una calle de la Ciudad Puerta de Hierro en Madrid. *Gran Madrid: boletín informativo de la Comisaría General para la Ordenación Urbana de Madrid y sus alrededores*, 1951. Biblioteca de Humanidades de la Universidad Autónoma de Madrid.
24. Exterior y piscina de la residencia de un aristócrata de Madrid. *Gran Mundo*, 1950. BNE.

PRÓLOGO

Hace ahora justo treinta años, en 1984, el historiador británico Lawrence Stone y su mujer, Jeanne Fawtier Stone, publicaron *An Open Elite? England 1540-1880*, un libro en el que se ponía en cuestión la interpretación tradicional del carácter abierto de una aristocracia inglesa terrateniente, capaz de incorporar a nuevas familias enriquecidas en los negocios y la Administración Pública, lo que habría permitido a aquel país evitar toda suerte de males históricos: desde una revolución violenta hasta el declive de la economía. El análisis detenido de la evolución de las estrategias matrimoniales y hereditarias de las élites terratenientes en tres condados llevaba a los dos autores a concluir que el número de advenedizos era relativamente pequeño, y que aquellas élites habían intentado más bien preservar sus posiciones. Lawrence Stone era un historiador consagrado, que había publicado otras dos grandes obras previamente: *The Crisis of the Aristocracy, 1558-1641* (1965) y *The Family, Sex and Marriage in England 1500-1800* (1977), y que en cierto sentido había revolucionado la historiografía británica al abordar nuevos temas de investigación, revisar tópicos establecidos y utilizar nuevos métodos tomados de otras disciplinas, como la

demografía histórica. Su devoción por los métodos analíticos y estadísticos no le llevó, sin embargo, a menospreciar una de las características más apreciadas de la manera anglosajona de hacer historia: la excelencia de su narrativa. Creía imprescindible abrirse a las novedades, pero sin perder ninguna de las cualidades que le habían asegurado a la historiografía inglesa su espacio en la vida intelectual.

Seis años más tarde, en 1990, David Cannadine publicó *The Decline and Fall of the British Aristocracy*. Su voluminoso estudio arrancaba del último cuarto del siglo XIX, más o menos donde lo había dejado Stone. Como escribía Cannadine en su prefacio, los grandes terratenientes tradicionales y titulados eran todavía las personas más ricas y poderosas del país, pero un siglo más tarde, a finales del XX, aquella aristocracia conservaba tan solo una fracción de su anteriormente inigualable riqueza, de su indisputado poder y de su, en otro tiempo, inalcanzable estatus. Con ese afán de orgullosa transparencia de que hacen gala algunos historiadores británicos, Cannadine consideraba necesario explicar el porqué del tema elegido y las razones de su oposición a una descripción idealizada de una aristocracia elegante y exquisita en sus gustos y aficiones, personificación de un patrimonio nacional, muy de moda entonces en la historiografía británica. Por el contrario, Cannadine insistía en las complejidades y contradicciones de aquella élite, tenaz y amante del dinero, del poder y de la buena vida, en la que los cambios fueron más importantes que las continuidades. Tampoco le gustaba a Cannadine la creciente fragmentación de la disciplina que, si bien había enriquecido el conocimiento del pasado mediante el uso de nuevas fuentes y métodos de análisis, también había contribuido a la demarcación rígida y a disputas estériles entre unos y otros. A él le interesaba el análisis de la riqueza, el estatus y el poder, y también de la conciencia de clase: una historia pública, no privada, de la aristocracia. Aspiraba a conocerla mucho mejor de lo que ella pudo llegar a conocerse nunca a sí misma. Y a hacerlo con una perspectiva comparada con las aristocracias de los distintos países de la Europa continental, lo que, por cierto, le llevaba a conclusiones un tanto sorprendentes.

Miguel Artola ha leído a Lawrence Stone, a David Cannadine y a muchos otros historiadores y científicos sociales, españoles y no españoles, que han escrito sobre estos temas. Lo ocurrido a las *upper classes* tradicionales con la irrupción de la industrialización, la urbanización y la política de masas en los países de nuestro entorno subyace a este análisis de lo que ha querido llamar la «clase ociosa» madrileña en la primera mitad del siglo xx. Pese a la doble restricción geográfica y temporal si lo comparamos con los dos libros citados, el objetivo es ambicioso, máxime si se tiene en cuenta que se trata de una primera obra, resultado de su tesis doctoral. También lo es si atendemos a su voluntad de no quedarse en una de las especializaciones historiográficas, sino de combinar la historia económica, social, cultural y política, y que se atreva a romper con las periodizaciones habituales de nuestra historia contemporánea: la Guerra Civil no es aquí el final de nada, sino un eslabón en la explicación de lo que Miguel Artola considera el «fin» de esa clase ociosa. Y, por último, también es manifiesta su intención de mediar en una polémica que ocupó a algunos historiadores españoles —entre los que me cuento— hace un tiempo: la de la existencia o no desde el último cuarto del siglo xix de un «bloque de poder» oligárquico, liderado por la aristocracia de la tierra y el dinero, en el que confluyó de manera subordinada una burguesía industrial incapaz de asumir su papel revolucionario; un bloque de poder que habría marcado las grandes rupturas políticas, incluida la Guerra Civil, resultado del temor a perder su poder tradicional. La dictadura franquista no habría sido sino la recuperación del poder por «los de siempre», después del terremoto provocado por la Segunda República. Desde que Manuel Tuñón de Lara aventuró ese diagnóstico en sus *Estudios sobre el siglo xix español* (1974), la historiografía ha avanzado mucho en el análisis económico, social y político de la España contemporánea, hasta el punto de que resulta imposible siquiera hacer un breve resumen. Pero lo cierto es que Miguel Artola tercia en ese debate y aporta nuevos enfoques, nuevas fuentes, nuevas perspectivas y conclusiones.

¿Qué clase es esa a la que adjetiva de «ociosa»? Miguel Artola habla de «clase», un término quizá desgastado, pero que él recupera

a propósito. Podía haberlo utilizado en plural, aunque eso habría ido probablemente en detrimento de la contundencia del título de este libro. La razón para agrupar eso que algunos llamaban el «gran mundo» sería, en todo caso, cuáles eran sus costumbres: su carácter rentista, su manera de gastar, el consumo de lujo, sus residencias y automóviles, las vacaciones y la utilización del ocio... y cómo se la veía desde fuera, su carácter parasitario y no productivo. Porque, en realidad, Miguel Artola habla de tres grupos sociales: de los capitalistas y financieros, accionistas y consejeros de grandes empresas o bancos; de los terratenientes que tenían en Madrid su lugar de residencia, y, por último —y menos habituales en estudios anteriores—, de los propietarios urbanos. Para entender cada uno de ellos no le basta el análisis de su riqueza, sino también de su posición social y de su presencia en el espacio público. Lo hace utilizando fuentes poco usadas hasta ahora, como las informaciones fiscales o las de algunos patrimonios particulares, o una literatura ciertamente diversa.

El resultado es un cuadro muy vívido y sólidamente apoyado sobre la evolución de esta «clase ociosa», de esta sociedad aristocrática, compleja en su composición, sujeta a importantes cambios en su riqueza y su poder, que como sus congéneres europeas entró en un proceso de decadencia, aunque con un ritmo distinto a sus congéneres europeas. El declive perceptible en otros países con la Primera Guerra Mundial, se habría retrasado en España hasta los años treinta y, lejos de recuperar posiciones tras la Guerra Civil, habría recibido un golpe de gracia durante los primeros años de la dictadura franquista. En definitiva, un libro de lectura para todos los públicos y una aportación importante a nuestra historia.

MERCEDES CABRERA
Catedrática de la Universidad
Complutense de Madrid

INTRODUCCIÓN

José Luis de Vilallonga y Cabeza de Vaca es conocido en la actualidad por sus obras literarias, por su breve aparición junto a Audrey Hepburn en la película *Desayuno con diamantes* y por llevar a gala un estilo de vida de *playboy* incorregible. Sin embargo, cuando Vilallonga escribió sus memorias en 2001 para dejar constancia de su infancia y juventud, el mundo que describió resultaba completamente distinto. Vilallonga había pertenecido a una de las familias nobles más distinguidas. Su abuela poseía los títulos de marquesa de Castellvell y baronesa de Maldá, su padre había rehabilitado el título de barón de Segur y su madre pertenecía al linaje de los marqueses de Portago. Acorde con su posición social, Vilallonga vivió hasta 1931 en un universo marcado por unas reglas estrictas, en el que se le enseñó a presentar siempre una imagen impecable, acicalado, repeinado, oliendo a jabón y colonia ante las personas que visitaban a su abuela y padres en casa. En el trato más íntimo con su familia siguió un orden reverencial, tratando de usted a los adultos y sin osar hablar en la mesa a no ser que su abuela le preguntara.

Ellos eran ricos, pero incluso cuando se fue haciendo mayor solo conoció de forma muy vaga el patrimonio familiar. Sabía que acumulaban tierras, casas y valores, pero más allá de ver al administrador tratando con su abuela, a él le bastaba con saber que le llegaría su correspondiente asignación mensual. Su futuro profesional no iba a ser excesivamente complejo, pues su padre ya había imaginado para él un destino en el servicio diplomático o en el Ejército, donde encontraría a otras familias de grandes nombres y fortunas. Pero antes de dar ese paso era fundamental que aprendiese las normas básicas de su clase. Debía recibir una buena educación en Oxford o Cambridge y conocer las maneras del *gentleman* inglés, es decir, a vestirse como un señor y beber como un caballero. Su padre le insistía especialmente en la importancia de la elegancia, de lucir ropa que se adaptara con magnífica precisión y a no mostrar una sola arruga en pantalones y trajes. También le enseñó el arte de la equitación y a vestirse de la forma adecuada para practicarlo, con botas altas relucientes, chaqueta inglesa, guantes de piel de cerdo, camisa blanca y corbata. Como jinete experimentado nunca debía llevar fusta, y ajustarse a un ritmo inmutable al trote y al paso, pero sin galopar. Su abuela le proporcionó consejos igualmente valiosos. Le dijo que aunque vivían en un mundo en el que gobernaba el dinero, para ellos había una cosa más importante: el prestigio. La marquesa también le previno de que, a pesar de las apariencias, las familias aristocráticas en Madrid poseían un bajo nivel cultural, pues solo mostraban interés en hablar de sus tierras, perros, caballos y títulos. En cambio, si alguien realizaba algún comentario sobre un libro, un cuadro o una ópera, lo normal era que le vieran como un excéntrico.

Sin previo aviso, el mundo en que había vivido José Luis de Vilallonga se torció de forma inesperada. A principios de abril de 1931, su padre le fue a recoger en su Rolls para abandonar inmediatamente el país con destino a Francia. En Biarritz descubrió que no estaban solos en ese viaje, pues encontró a varias familias aristocráticas, como los duques de Alburquerque, Santo Mauro o el conde de la Cibera. Tras conocer la caída de Alfonso XIII y la procla-

mación de la República, comprendió la gravedad de los acontecimientos, en especial, los temores de su madre a que las autoridades les expropiaran casas, fincas, cuentas bancarias, muebles y cuadros. Cuando él mismo volvió meses después a España, encontró que la situación no era tan grave, aunque sí notó que las formas estaban cambiando. Solo la gente de derechas llevaba sombreros, y los chóferes particulares, que anteriormente habían servido como símbolo de distinción, ya no iban ataviados con uniforme, dado que ello sería visto como una provocación. Pocos años más tarde, el estallido de la Guerra Civil convirtió en realidad aquellos temores; la República les expropió su patrimonio y las masas se hicieron con el control en las calles. Naturalmente, en estas circunstancias, su padre le obligó a dejar la escuela y a alistarse en el Ejército para garantizar la victoria *nacional*.

Cuando terminó la guerra, en 1939, Vilallonga encontró un país marcado por una profunda división entre vencedores y vencidos, si bien él no tenía ninguna duda de que pertenecía al bando ganador. Su familia recuperó todo: casas, fincas, acciones e incluso el dinero, que los bancos habían salvado. Y también comprobó que España era un país muy distinto de aquel que había conocido en época de Alfonso XIII. Poco antes de que terminara la contienda, un amigo de su padre ya le había advertido de que iba a encontrarse un mundo desconocido, oscuro, triste y feo. El orden social ya no iba a ser el mismo, pues, aunque se impusiera la paz, «Sancho Panza bajará a la calle y se cargará a Don Quijote». Lenta pero inexorablemente, les engullirían las clases medias, e instituciones como el Ejército dejarían de ser un club en el que todo el mundo se conoce, para convertirse en una agrupación de gentes que cobran por vestir uniforme. Pero, sin duda, el cambio que más le marcó fue la profunda renovación que se produjo entre las clases altas. En pocos años, propietarios y rentistas como su padre se vieron arruinados, mientras que aparecían por doquier los terribles nuevos ricos, estraperlistas, depredadores de guante blanco, tramposos a gran escala y financieros de nuevo cuño. La inaudita rapidez con que el dinero cambió de manos

anunciaba el fin de un mundo considerado hasta entonces como inamovible¹.

Este libro recorre los mismos años que trata Vilallonga en sus memorias para presentar una historia social de las clases altas durante la primera mitad del siglo xx. Los cambios políticos de esta época constituyen los principales puntos de inflexión en esta obra. En origen, se presenta la jerarquía social que dominaba en época de la Restauración y se muestra cómo este orden pudo sobrevivir sin sufrir cambios relevantes al golpe de Estado protagonizado en 1923 por el general Primo de Rivera. Después, el lector acompañará a las familias más ricas en los múltiples retos que afrontaron durante dos tumultuosas décadas marcadas por la caída de Alfonso XIII, la proclamación de la Segunda República, el estallido de la Guerra Civil y la instauración de la dictadura franquista. Por último, se realiza un balance retrospectivo de esta transformación para mostrar cómo las clases altas, a pesar de pertenecer al bando vencedor de la Guerra Civil, paradójicamente perdieron las bases tradicionales de su poder y experimentaron una notable renovación en sus filas. En definitiva, la ruptura que se produjo entre las élites durante este período tan corto es de tal magnitud que solo puede compararse con otros cambios históricos trascendentales, como la quiebra del Antiguo Régimen y la revolución liberal ocurridas a principios del siglo xix.

He buscado sintetizar este proceso de declive al poner como título *El fin de la clase ociosa*. El concepto de clase ociosa sin duda puede desconcertar al lector, dado que en la perspectiva actual no hay peor consideración que la de no cumplir función productiva alguna. Sin embargo, tal como señaló Thorstein Veblen, autor norteamericano, el adjetivo «ocioso» resulta relevante para esta época, por cuanto ilustra la predisposición que mostraban las familias más ricas a abandonar cualquier forma de trabajo y, a cambio, desarrollaban una vida dedicada a la alta cultura, el deporte y el consumo

¹ Vilallonga (2001).

de lujo². Asimismo, el concepto de clase ociosa tiene la virtud de relacionar lo económico y lo social, pero también lo público y lo privado, ilustrando así el mosaico de matices que se manifestaba en lo más alto de la escala social. No obstante, por comodidad y convencionalismo, durante la mayor parte de este libro he utilizado el concepto de clases altas como sinónimo de clase ociosa.

Por otra parte, el uso que hago del concepto de clase permite retomar la definición de Marx, para así referirme a un actor cohesionado por poseer o controlar el capital. En la primera mitad del siglo xx esta cualidad se expresaba en que las clases altas reunían las mayores fortunas del país, incluyendo importantes participaciones accionariales en grandes empresas, puestos en consejos de administración, miles de hectáreas de tierra y docenas de propiedades urbanas. El concepto de clase señala también las características propias de un actor socialmente cohesionado: sus miembros compartían una identidad común, sabían fijar las fronteras de su grupo y conocían las diferencias que les separaban con respecto a las clases trabajadoras y medias. En consecuencia, las clases altas tenían un estatus similar, de forma que compartían un estilo de vida, educación y valores sociales. No obstante, esta preferencia por el concepto de clase no debe entenderse como un rechazo frontal a las categorías empleadas por historiadores y contemporáneos, entre ellas, élites, aristocracia, empresarios o clases conservadoras³.

Los acontecimientos de la primera mitad del siglo xx, en particular la Segunda República y la Guerra Civil, siguen estando muy presentes en la memoria de los ciudadanos. Los historiadores también han tratado con profusión esta época, por lo que el lector interesado podrá encontrar hoy día infinidad de libros sobre la política, la sociedad o la economía, incluidos amplios trabajos sobre las formas de movilización, las condiciones de las clases trabajadoras, el ocio de masas o la vida en el medio rural. Por el contrario, si

² Veblen (2004).

³ «Clase» según Marx (1976), Marx y Engels (1996), Thompson (1989). El «estatus» en Weber (1964).